



## Capítulo 4

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS  
Editores

# HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO I



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu*

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

[feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

[www.pucp.edu.pe/publicaciones](http://www.pucp.edu.pe/publicaciones)

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## RECUERDOS DE ANTUCO

*Salomón Lerner Febres*

Se me pide unas palabras sobre José Antonio del Busto, nuestro querido e inolvidable Antuco. Y a un año de ya no tenerlo físicamente entre nosotros, se me hace cada día más evidente una realidad inobjetable: que la suya fue una existencia vivida plenamente y que atesora como testimonio los frutos valiosos y duraderos que, gracias a la generosa multiplicación de los dones que le fueron acordados, conquistó a través de una vida digna y honesta; vida que fue gratificada y gratificante porque estuvo siempre guiada por la búsqueda moral y científica, terca e ininterrumpida, de la verdad.

Esa búsqueda, en su caso particular, se hallaba vinculada con su vocación neta de historiador, aquella que desplegó de manera limpia y valiente y que no rehuyó jamás la polémica. Como es sabido, para Antuco la historia no debía especular o suponer; debía tratar, más bien, de responder a la rotundidad de los hechos y así ajustarse, en buena cuenta, al principio parmenídeo en el cual la duda no puede encontrar cobijo, pues lo que es, es, y se afirma así en su plena realidad, mientras que nos es imposible intelectual y éticamente afirmar como existente lo que jamás ha sido. Ello no implicaba para él, desde luego, reseca o esquematizar nuestro pasado. Por el contrario, en sus obras —concebidas no solo con férrea disciplina académica sino también con sensibilidad artística a la que se añadían con maestría finos análisis psicológicos de personas y situaciones— se empeñaba en ampliar y enriquecer nuestra imaginación, al punto de parecer transportarnos al mismo lugar de los hechos. En su persona se unía, pues, el rigor y la objetividad del científico con la amenidad y la emoción del narrador. Y el efecto que lograba —la recreación vívida de los acontecimientos—, siendo poderosa en sus libros, era aun mayor cuando dictaba una clase o pronunciaba una conferencia. Nadie que haya tenido el privilegio de ser su alumno podrá olvidar —y este es un ejemplo entre muchos otros— su relato sobre ese pasaje crucial y dramático que fue la captura del inca Atahualpa en Cajamarca; su voz a un tiempo delgada y cálida, el ritmo creciente

de su fraseo, la rotunda nitidez de sus descripciones han quedado y quedarán como un sello indeleble en las memorias de quienes, fascinados, lo escuchábamos.

Y es que —resulta casi innecesario recordarlo— Antuco era uno de nuestros más grandes especialistas en la Conquista y en la Colonia. De ese tiempo que parecía ser su «ahora», quería llamar nuestra atención sobre los valores más firmes y perdurables que albergaban esos momentos, no para ensoñarnos con ellos, sino para comprendernos mejor y de tal suerte poder mirar con espíritu transido de optimismo y esperanza nuestro futuro. Ese futuro que, para él, dependía de nuestra toma de conciencia de la condición mestiza que define a lo peruano y que tan bien encarnaba, a sus ojos, el Inca Garcilaso. Mestizo él mismo, Antuco solía reclamarse orgulloso de esa condición y consideraba que en su persona se expresaba lo peruano como mezcla y alquimia lograda de razas y culturas diversas.

Quizá ese mestizaje suyo podría explicar la particular naturaleza de la que estaba hecha su inteligencia penetrante e inquieta, su viva y permanente curiosidad. Porque en él, como en esos personajes que soñaba y admiraba Borges, convivían sin incomodarse el intelectual y el aventurero. Parafraseando al autor de *El Buscón*, se diría que era el infatigable y paciente auscultador que «vivía en conversación con los difuntos y escuchaba con sus ojos a los muertos». Pero era también el infatigable y osado viajero que recorría el camino de los conquistadores, navegaba por los ríos amazónicos o visitaba un continente distante y frío como la Antártida en busca de impresiones directas y también de indicios que lo pudieran encaminar a algún desvelamiento de historias ignotas. En esas incansables correrías, leía los viejos legajos con talante de aventurero y transitaba por pasajes difíciles con el ánimo del investigador.

La Universidad Católica tuvo la suerte de formarlo y se benefició de su magisterio y su ejemplo, pues si ella ha logrado ser una institución de privilegio en la vida intelectual y académica del país, lo ha sido precisamente por contar con hombres como él. Ejemplo de fidelidad a su *Alma Mater*, le profesó un cariño entrañable, ofreciéndole siempre sus primicias intelectuales; y como testimonio de su robusta voluntad, así como del cariño mencionado, perseveró en la cátedra hasta los extremos límites de sus fuerzas. Pensó siempre a la Católica como su hogar y no se equivocó.

Bien sabemos que su dilatada y fecunda carrera académica lo llevó a ocupar puestos de muy alta responsabilidad dentro y fuera de nuestra Universidad. Y es claro en este punto que siempre fue llamado por sus altos merecimientos, jamás por criterios subalternos como el favoritismo o la componenda. No podía ser de otro modo en quien constantemente mostraba una honestidad acrisolada y una caballerosidad que cada vez se extraña más en estos tiempos. Fue en tal sentido que mereció, con amplitud y justicia, el calificativo de gran señor.

Dentro su personalidad íntegra, que transparentaba un alma sin fisuras ni dobleces, destacaba el ofrecimiento de una amistad desinteresada, que lo convirtió desde muy joven en depositario de la confianza de los jóvenes y la intimidad de los mayores. Personalmente, puedo dar fe de esto que menciono. Lo conocí en una hora temprana, pues fue uno de mis evaluadores en el examen de admisión. Más adelante, siendo ya estudiante universitario, en los tiempos en que fue cautivado por una de nuestras compañeras de clases en los maravillosos y recordados ambientes de la Plaza Francia, me llamó para ser coordinador de sus jefes de prácticas en el curso de Preseminario y, posteriormente, para ser su auxiliar dentro la misma asignatura.

A medida que nos fuimos conociendo, pasamos de la relación académica a un vínculo amical, que afortunadamente se intensificó con el tiempo. Como estoy seguro le sucedió a muchos otros, encontré en él desde entonces a la persona de buen consejo que está siempre dispuesta a ayudar. Eso no excluía, por supuesto, el poder disfrutar de su magnífico y singular sentido de humor. En los últimos años solía llevarlo de su casa a la Universidad y gozaba al escucharlo contar en el viaje sus vívidas y sabrosas anécdotas. Desde sus azarosas aventuras como bisoño torero aficionado en pequeños ruedos de pueblitos de España, hasta sus bailes con una princesa polinesia en una ceremonia cuasi ritual, cuando le tocó acompañar a los cadetes de nuestra Marina en su Crucero de Verano; ello para no referir sus experiencias de joven en su amado Barranco o su vivencia profunda y sobrecogedora del silencio y la blancura absolutas en sus momentos antárticos. Todo ello narrado con sabor, humor y cristalino lenguaje.

En esas oportunidades, pude comprobar —y en verdad esto lo sabíamos todos sus amigos— cómo combinaba sabiamente su sentido del deber y la disciplina con el inmenso amor por sus hijas y por Teresa, la compañera de toda su vida. Vivía intensamente, con una gran pasión por todo lo que hacía, y era de las pocas personas que yo haya conocido que guardaba serenidad y temple envidiables cuando se trataba de pensar en la muerte, a la cual veía no como una amenaza sino como una íntima y última amiga a la que esperaba con naturalidad.

Fue, pues, un hombre pleno, de una experiencia y una obra ricas, plurales. Y si algo quisiera subrayar en este libro que con acierto convoca diversos testimonios para recordarlo y homenajearlo, es que su importantísima producción de libros, de muy alto valor histórico pero también de sobresaliente factura literaria; su entrega absoluta a la enseñanza y a las muchas generaciones de alumnos que formó; su esencial compromiso con el Perú, sus valores y sus gentes, todas ellas fueron manifestaciones de una vida personal e intelectual que supo explorar los diversos caminos que en algún momento se le presentaron, pero que, ante todo, tuvo como fin último abrazar una dimensión superior: la conquista de la Verdad y el Bien.